

JESÚS LAÍN Z



# LA LENGUA RETORCIDA

DISPARATES, PEDANTERÍAS,  
MANIPULACIONES  
Y OTROS ARTIFICIOS LINGÜÍSTICOS



La lengua retorcida



Jesús Laínz

# La lengua retorcida

*Disparates, pedanterías, manipulaciones  
y otros artificios lingüísticos*

Prólogo de Amando de Miguel



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2023

Imagen de cubierta: Titivillus, un diablejo de la Baja Edad Media encargado de provocar errores en el trabajo de los copistas. © Jesús Laínz

Prólogo de Amando de Miguel

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 129

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-160-1

ISBN PDF: 978-84-1339-826-6

Depósito Legal: M-24147-2023

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

Los cómicos de la lengua estofada .....	9
Introducción .....	11
Politiqués, polisílabos y pedanterías.....	15
Invasión anglofrancesa.....	51
Disparando al modernismo .....	75
Ridiculizando a Rubén Darío .....	83
El primer texto en espanglish de la historia .....	93
Rabieta palabrera.....	97
¿Qué fue de la cortesía? .....	109
De hijoputas y cojones.....	115
Vamos desnudándonos .....	117
Contra la tontería (ansí, en quaderna vía) .....	121
Camaradas y camarados .....	123
Lenguajo no sexisto.....	127
Gramática de género .....	129
El poder de las palabras .....	133
Pedantemos.....	137

Jitanjáforas progresistas .....	141
Terminología totalitaria .....	143
Más sobre neolengua.....	149
La izquierda está patologizada, ¿quién la despatologizará? .....	153
Cuacuadores .....	157
De tortillas estatales y otras huevadas .....	161
¡País! .....	165
La trampa de la nacionalidad.....	169
Apellidos vascos .....	177
Yo te bautizo Terminator .....	181
Rectificaciones bautismales .....	185
¡Trabucamientos a discreción! .....	189
Índice onomástico .....	233

«— Cuando yo uso una palabra —dijo Humpty Dumpty en tono burlón— significa precisamente lo que yo quiero que signifique; ni más ni menos.

—El problema es —respondió Alicia— si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—El problema es —sentenció Humpty Dumpty— saber quién es el que manda. Eso es todo».

Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*





## LOS CÓMICOS DE LA LENGUA ESTOFADA

Jesús Laínz, o la curiosidad impertinente, forma parte de esa rara tribu de los que disfrutan observando, leyendo y escribiendo sin ningún recato.

Aquejado yo de un cáncer de *posdata*, me consuela que el montañés haya recogido el testigo del empeño de recolectar setas léxicas, un viejo pasatiempo mío. Lo hace con un prodigio de simpatía, cosa de agradecer en estos broncos tiempos de iniciación a la III Guerra Mundial.

Me viene a la memoria un recuerdo de mis años activos en la Complu. Me habían puesto en el tribunal de una tesis de Periodismo. El doctorando aducía el mérito de haber estudiado en la Universidad Complutense de Madrid (valga la contradicción) y en la Autónoma de México, D.F. (que se traduce por «defiéndete fuereño»). El hombre aplicaba el reconocimiento de tan magna conjunción, y dedicaba, enfáticamente, la tesis «A mis dos *almas mater*». No tuve más remedio que darle un voto negativo a tal atentado lingüístico. Los demás miembros del tribunal le concedieron un sobresaliente. Supongo que todavía me persigue la venganza de Moctezuma.

Ya habrás comprendido, amigo lector, que te vas a embaular un libro *destornillante*. Quiero indicar que, de tanto reír, se te va a aflojar algún tornillo del cráneo.

Como es sabido, la risa efluye con lo inesperado, lo sorprendente; más todavía si el estímulo es real, ingenuo. Este es el caso

de la recopilación lainzesca. No puede ser más audaz para el lector más inteligente, como fuera, en su día, *La Codorniz*. Por algo *humor* se escribe con hache.

Así que ponte cómodo en tu butaca favorita y prepárate a disfrutar, que es gratis. Al menos, es un precio que las autoridades, todavía, no se han atrevido a *topar*.

Aunque debo hacer constar que el fino autor de la Montaña no sólo se mueve por los andurriales de las volutas del lenguaje público. Acude al meollo del repollo; esto es, entiende que la verborrea de la «agenda 2030» no es más que un disfraz de la nesciencia. Es decir, el asunto es de legitimidad política, nada menos. Su costado festivo no le quita importancia teórica. En síntesis, éste es un libro de doctrina, en el correcto sentido del término.

Amando de Miguel

## INTRODUCCIÓN

Como todos ustedes saben, Amando de Miguel, egregio polímata, lleva décadas dedicando sus actividades plumíferas a campos muy variados. El primero que es obligatorio mencionar, naturalmente, es la sociología, ciencia que lleva impresa como profesión en sus tarjetas de visita y a la cual ha dedicado decenas de libros. Pero también le ha dado con contundencia a la política, la novela, las memorias, la historia de la literatura y la lingüística.

Junto a los libros que ha dedicado a esta última (entre otros, *La perversión del lenguaje*, *La lengua viva*, *Se habla español*, *La magia de las palabras*, *Hablando pronto y mal*, etc.), ha escrito un sinnúmero de artículos sobre las mil y una curiosidades de la lengua española, la mayor parte de ellos en Libertad Digital durante los últimos veinte años.

A una nutrida subespecie de estos artículos lingüísticos pertenecen los dedicados a entablar un diálogo con sus lectores para recoger todo tipo de errores, ocurrencias y disparates que al hablar cometemos diariamente los españoles —lo correcto sería decir los hispanohablantes—, unos por ignorancia, otros por despiste y otros, los que mayor pecado cometen, por pedantería. A estos disparates, inagotable fuente de regocijo, los bautizó *trabucazos* o *trabucamientos*.

En esta tarea colaboró el abajo firmante en algunas ocasiones, lo que llevó a Amando a lanzarle este peligroso piropo —peligroso

para el abajo firmante— en un artículo publicado el 10 de junio de 2011:

Cumple mi amigo de forma tan precisa el espíritu de esta seccioncilla que, cuando yo falte, dicto que se encargue de ella Jesús Laínz.

Me hizo gracia la sugerencia, pero no la presté atención, metido como estaba hasta el cuello en otros asuntos tanto laborales como literarios. Pero en tiempos más recientes, con motivo de algunos trabucamientos recogidos en torno a 2018 y 2019, el Trabucador Mayor del Reino insistió en preguntarme por qué no escribía un libro con las perlas que iba encontrando. Ante mi respuesta de que no tenía material suficiente, me respondió al día siguiente que «puedes utilizar todo lo mío sin trabas». Y a la tercera o cuarta vez que me lo recordó, no tuve más remedio que empezar a pensar en ello a pesar de la pereza que aletarga mi pluma cada día más.

Así que no me quedó más opción que desempolvar papeles, notas y correos electrónicos en busca de los trabucamientos que había aportado en su día a los artículos de Amando. Seguía siendo poca cosa, por lo que vime obligado a lanzarme a la calle para agarrar por las solapas a una buena cantidad de familiares, amigos y conocidos que por sus profesiones —médicos, veterinarios, farmacéuticos, librerías, profesores, comerciantes...— imaginé que deberían de tener alguna experiencia al respecto. Así fue, y a su generosa colaboración debo el material recogido por toda España, a menudo desternillante, a la vez que ellos habrán de confesar que me deben habérselo pasado estupendamente refrescando anécdotas lingüísticas de las que habían sido protagonistas.

A todo ello añadí, naturalmente, muchas de las anécdotas recogidas por Amando en sus artículos trabucaires. Y cosa muy curiosa es que bastantes de ellas coinciden con las recolectadas por mis colaboradores e incluso con las oídas directamente por mí, lo que demuestra que hasta los errores tienen sus clásicos: no hay más que pensar en los quebraderos de cabeza —más bien de lengua—

que los otorrinolaringólogos provocan a algunos de sus pacientes. Y lo que todos hemos oído contar en chistes, a veces se lo vuelve a encontrar uno en la realidad.

Pero no todo en estas páginas va de trabucamientos, pues a ellos —reunidos en el capítulo final como epílogo jocoso a asuntos más serios— he añadido varios textos sobre asuntos lingüísticos variados que he ido escribiendo en los últimos años, también en Libertad Digital, periódico que comenzó a publicar mis artículos hace ya una década larga. Algunos de ellos los escribí con el objetivo de pasar un buen rato yo mismo e intentar hacérselo pasar a los lectores buceando en hechos curiosos de la historia de la lengua española: por ejemplo, el primer texto en *espanglish* de la historia, que es bastante más antiguo —mediados del siglo XIX— de lo que en principio cabría suponer, o la inmisericorde artillería literaria que, a principios del XX, descargó su munición sobre el pobre Rubén Darío y su coro de modernistas.

Las obsesiones lingüísticas de nuestros separatistas, que ocupan un lugar de honor en la historia universal del disparate, también tienen su rincón, aunque pequeño dado que ya las traté con detalle en *Desde Santurce a Bizancio. El poder nacionalizador de las palabras* (Encuentro, 2011). Y también hay algunos capítulos no aparecidos previamente en Libertad Digital, como los dos primeros, los más extensos, escritos directamente para este volumen.

La mayor parte de los capítulos están dedicados a asuntos bastante más serios aunque también puedan mover a la risa si conseguimos tomárnoslos con cierta distancia: la pedantería, tan generalizada entre nuestros políticos, y la ingeniería lingüística con la que muchos de ellos pretenden modelar el pensamiento de los ciudadanos. Fenómeno éste —hay que subrayarlo— que está lejos de ser patrimonio de los hispanohablantes de ambos hemisferios, ya que se trata de un fenómeno mundial. Y esta ingeniería o manipulación lingüística aumenta paulatinamente en cantidad e intensidad debido al poder de los medios de comunicación de masas, inimaginable en tiempos pasados, para inculcar en miles de

millones de personas un pensamiento único cuyos límites son cada día más difíciles de traspasar sin arriesgarse al insulto y el silenciamiento.

Acabo ya. Quede aquí inmortalizado mi agradecimiento a todos mis colaboradores, que tan generosamente han compartido conmigo sus trabucamientos y a los que no puedo nombrar uno a uno por ser muchos y por miedo a que se me olvide alguno y se enfade conmigo. Pero si se atreven a adentrarse en estas páginas, no tardarán en encontrar su huella.

Y, claro: va por ti, Amando.

## POLITIQUEÁS, POLISÍLABOS Y PEDANTERÍAS

«Así como hay palabras polisílabas que dicen muy poco, también hay  
monosílabos de significado infinito»  
Georg Lichtenberg

Las tres pes. Distintas pero entrelazadas. Independientes pero aliadas. Su común denominador es la impostura. Al fin y al cabo no es más que una de las facetas del esnobismo, esa fea tendencia a prestar atención a las estupideces de moda y aparentar ser lo que no se es. Plebeyez en grado sumo.

Pedantes —esos a los que el DRAE define como las personas enreídas que hacen inoportuno y vano alarde de erudición, ténganla o no en realidad— los ha habido siempre. Unamuno los definió con magistral brevedad: estúpidos adulterados por el estudio. Aunque, para ser fieles a la verdad, ni siquiera hace falta estudiar. Hoy muchos pedantes, sobre todo los políticos, no han abierto un libro en su vida. Adolfo Suárez, por ejemplo, presumía de ello. Su biógrafo Gregorio Morán lo dejó claro: «No leyó un libro en su vida. Yo creo que no leyó ni los de la carrera de Derecho». Pero ni a Suárez ni a la mayoría de nuestros gobernantes y legisladores les ha hecho ninguna falta para tener éxito en su remuneradísima actividad.

Uno de los síntomas más inmediatos y evidentes de los pedantes es su pasión irrefrenable por las palabras más largas a las que puedan echar mano: los llamados polisílabos o archisílabos. Hace ya tres siglos que Iriarte los ridiculizó de manera insuperable en aquel poema sobre un gato, «pedantísimo retórico, que hablaba en un estilo tan enfático como el más estirado catedrático». He aquí



la moraleja: «Hay quien tiene la hinchazón por mérito, y el hablar liso y llano por demérito».

También Schopenhauer denunció un siglo más tarde a quienes, como su odiado Hegel, asfixiaban el pensamiento mediante retahílas de palabras que escondían su carencia de sentido detrás de su apariencia profunda:

Algunos, para ocultar su carencia de auténticas ideas, se construyen un imponente andamiaje de palabras largas y compuestas, intrincadas fórmulas retóricas, periodos interminables, expresiones novedosas e inauditas, que dé como resultado una jerga lo más difícil y erudita posible. Con todo esto, sin embargo, no logran decir nada.

Pero el problema no son ni la pedantería —ese vicio pegajoso— ni los polisílabos por sí solos, sino su nefasta influencia en la actividad política. Porque demuestran la voluntad de sus usuarios de no hablar con claridad. Es decir, de engañar a sus oyentes. George Orwell, que demostró saber muy bien de lo que hablaba, ya señaló hace un siglo que «la mayoría de las corrupciones sociales comienzan con la de la lengua».

El menos atento de los televidentes, radioyentes y lectores habrá advertido un millón de veces las peroratas afectadas, las frases rimbombantes, los latiguillos repetidos hasta la náusea, las palabras retorcidas para explicar la cosa más sencilla. El objetivo perseguido con todo ello es expresar el menor número de ideas con el mayor número posible de palabras. «Una mínima porción de pensamiento en cincuenta páginas de verborrea», lo resumió Schopenhauer. Y si además se consigue que las palabras tengan el mayor número posible de sílabas, miel sobre hojuelas. Eso es lo que Amando de Miguel bautizó como *politiqués*, la jerga político-periodística que nubla el español desde hace aproximadamente medio siglo. La llegada del régimen democrático no le ha sentado nada bien a la lengua de Cervantes, quizá por el ínfimo nivel de muchas de las personas, y no de las menos influyentes, que desde entonces se han apuntado al reino de jauja de nuestras instituciones.

Pero no son los políticos los únicos que pecan de este pecado, puesto que una profesión íntimamente ligada a la de político es la de periodista, tertuliano y otras personas con voz en los medios de comunicación. Su profesión no existiría si no existiera la de aquéllos.

La cantidad de disparates lingüísticos, tanto en la forma como —lo que es mucho más grave— en el fondo, de tantos políticos y periodistas es infinita como el universo. Y como son ellos los que salen en televisión y sirven de modelo, los disparates y la nebulosidad crecen en frecuencia y tamaño. Esta tendencia demuestra que no sólo se va hablando cada día peor, sino también pensando peor, pues no en vano las palabras son la materia de nuestros pensamientos. De este modo la intoxicación ideológica avanza en unos días en los que los medios de comunicación de masas ponen en manos de los creadores de opinión un arma de destrucción masiva de neuronas como nunca antes habría podido imaginar el más tirano de los tiranos.

¿No le llama la atención, lector sincero, la doble vara de medir que utilizamos para detectar la palabrería y mentiras de los vendedores por un lado y de los políticos por otro? Porque la doblez que captamos inmediatamente en quien nos quiere vender algo con adulación, disimulo y publicidad engañosa nos pasa inadvertida cuando el protagonista es un político. ¿Se deberá este extraño fenómeno a la sumisión reverencial que provocan en tanta gente los elegidos en las urnas?

Los españoles deberían ir comprendiendo que los políticos no son sus amos, sino sus servidores. ¿No son los ciudadanos quienes los eligen para que gestionen las instituciones en beneficio de todos? Y si no quedan satisfechos con sus resultados, ¿no está en su mano no volver a elegirlos? Pues el primer paso hacia esta recta comprensión de un régimen democrático es desconfiar del político que habla con circunloquios y polisílabos. No falla: antes o después se demostrará que se trata de un timador que pretende escurrir el bulto o vender humo. Y si quien lo hace es un escritor, es porque no tiene nada serio que contar. Acudamos de nuevo a Orwell para resumir la cuestión de un modo magistral:

El gran enemigo del lenguaje claro es la falta de sinceridad. Cuando se abre una brecha entre los objetivos reales que uno tenga y los objetivos que proclama, acudirá instintivamente a palabras largas y modismos gastados, como una sepia expeliendo tinta.

En todas las lenguas pasa lo mismo. Consolémonos.

Los instrumentos que usan los practicantes de este vicio para expeler tinta son numerosos y relacionados entre sí. Comencemos por los más graves, los que llevan incorporadas cargas de profundidad ideológicas y, por lo tanto, más contribuyen a la construcción del pensamiento único.

Palabras sagradas, sin cuya participación parece que las opiniones vertidas son políticamente incorrectas y, por lo tanto, no deben ser tenidas en cuenta, son, entre otras: *igualdad*, *progresismo*, *multiculturalidad* y su sinónimo *interculturalidad*, *plural*, *género*, *sostenibilidad* y *resiliencia*.

Esta última, la *resiliencia*, es una peste palabrera desembarcada en España hace muy poco tiempo, casi simultánea a la peste covidiana. Con ella se han barrido conceptos como resistencia, fortaleza, flexibilidad, vigor, firmeza, aguante, solidez, adaptación o recuperación, pues al fin y al cabo *resiliencia* no significa nada que no esté perfectamente expresado por esos vocablos presentes en la al parecer pobre lengua española desde hace muchos siglos. Y ahora, todo discurso político y texto legal que se precie, de cualquier partido, no puede prescindir de la bendita *resiliencia*.

Respecto a la *sostenibilidad*, esa insostenible moda basada en dogmas de arriesgado cuestionamiento, eche mano a la cartera cada vez que se le aparezca, lector incauto, porque no le quepa duda de que antes o después se verá obligado a pagar algo. Hoy todo en este mundo tiene que ser sostenible —el desarrollo, la economía, el consumo, la industria, el turismo, la agricultura, la ganadería, la energía—, es decir, aparentemente inocuo para la naturaleza. Pero la cosa no está tan clara. Si la energía nuclear no es sostenible debido a los residuos que produce y que hay que almacenar bajo siete llaves, sus sustitutas —la eólica, la de hidrocarburos, la de

biomasa, etc. — tampoco lo son por consecuencias que no dejan de ser perjudiciales, tóxicas, peligrosas y en buena medida contraproducentes. Y así, esa sostenibilidad acaba demostrándose insostenible para los bolsillos de unos contribuyentes que tienen que pagar para compensar su enorme coste. Pero, efectivamente, se trata de energías muy fructíferas para los bolsillos de las organizaciones, gubernamentales o privadas, que las promueven y explotan.

La *igualdad* y el *progreso* son los dioses supremos de nuestra época, por lo que quienes se autodeclaran *igualitarios* y *progresistas* están varios escalones por encima de los demás en categoría intelectual y autoridad moral. De nada sirve señalar que tanto afán de igualdad esconde a menudo resentimiento e incapacidad y que la igualdad puede llegar a ser la peor enemiga de la justicia. Porque ésta consiste en dar a cada uno lo que merece, no a todos lo mismo. El aprobado general, el desplome de la exigencia y el odio al mérito son las principales causas de la destrucción educativa de la que España tardará generaciones en recuperarse, en el improbable caso de que algún día lo consiga. Enorme ha sido la destrucción, y casi imposible, y demasiado tardía, habrá de ser la reconstrucción.

En cuanto al *progreso* —palabra que viene del sustantivo y el verbo latinos para avanzar, ir hacia delante—, no siempre se avanza hacia el bien. Nada impide que también se pueda avanzar hacia el desastre, hacia el abismo. Los conservadores son los que se lo piensan antes de continuar, o al menos lo hacen con más cuidado. Y los reaccionarios, esos malvados supremos, son los que, conscientes del peligro, osan encaminarse en dirección contraria para no despeñarse. No hay nada que irrite más al rebaño que el que se sale de la fila.

Otra palabra idolatrada en nuestros días es *plural*. Porque cuando el pensamiento progresista desea señalar que algo es el colmo de lo tolerante, lo democrático, lo igualitario, lo racional, lo sensato, lo benéfico, lo legítimo, lo humanitario, lo incuestionable, lo inatacable, se dice de ello que es *plural* y queda automáticamente bendecido y fuera de discusión. Hasta un Estado cualquiera, si se hace merecedor del título de *plural*, alcanzará mayor categoría

que un Estado normal. Por eso el socialista balear Francesc Antich propuso allá por 2009 instaurar una nueva fiesta laica: el *Día del Estado Plural e Igualitario*.

Un ejemplo insuperable ya desde el título: *Plural, Centro de Masculinidades*, iniciativa del ayuntamiento socialpodemita de Barcelona destinada «a la población masculina que quiere hacer cambios hacia modelos relacionales más abiertos, respetuosos y saludables»:

El nuevo equipamiento municipal *Plural, Centro de Masculinidades* entra en funcionamiento con la voluntad de fomentar una perspectiva plural, positiva y diversa de las masculinidades, que contribuya a generar imaginarios colectivos diferentes del significado más estricto y caduco de ser un hombre o comportarse como un hombre. La flexibilización de las masculinidades es el camino para promover relaciones más sanas e igualitarias y erradicar estereotipos basados en el binarismo.

No puede haber nada más eficaz que otro ejemplo para explicar toda esta apretada telaraña de ideas y palabras en la que consiste el pensamiento único del que no es fácil escapar sin afrontar graves penas sociales e incluso penales. Sigamos con el ayuntamiento de Barcelona, que editó en noviembre de 2022 una *Guía de comunicación con perspectiva intercultural* para indicar a los barceloneses las palabras que deben emplear y las que deben desterrar de su vocabulario para alcanzar el paraíso de la *interculturalidad*. Carente de la menor intención de menospreciar su inteligencia, inteligente lector, no gastaré tinta en explicar el trasfondo ideológico de la iniciativa, pues bien claro queda con la simple observación de las palabras empleadas.

En primer lugar, unos cuantos conceptos para centrar la cuestión e ir salivando: «Comunicación con perspectiva intercultural»; «Promover el reconocimiento y la visibilidad de la diversidad y generar espacios de encuentro»; «Expresarse de forma inclusiva da visibilidad a muchas culturas minorizadas ante la cultura hegemónica»; «Mantener una escucha activa y generar diálogos

desde la confianza»; «Generar nuevos sentidos de pertenencia compartidos»; «Asumir perspectivas interseccionales».

Como me niego a repetir el muy incorrecto galicismo *a evitar*, éstas son las palabras que hay que evitar (entre paréntesis las propuestas del ayuntamiento para sustituirlas): *inmigrante* (persona migrada o que migró); *inmigrante ilegal* (persona en situación administrativa irregular); *persona de color* (persona negra, racializada o afrodescendiente), *moro* (persona del Magreb, marroquí o argelina), *terrorismo yihadista* o *islámico* (extremismo violento), *raza gitana* (pueblo gitano).

Y éstas, las expresiones prohibidas (de nuevo, entre paréntesis las propuestas sustitutorias): *ir como un gitano* (ir sucio o sin arreglar), *no hay moros en la costa* (nadie a la vista), *nos prometieron el oro y el moro* (nos lo prometieron todo), *trabajar como un negro* (trabajar mucho), *trabajo de chinos* (trabajo muy laborioso), *no estar católico* (no tener un buen día), *veinte migrantes llegan a la costa* (veinte personas llegan a la costa). Vaya tomando nota la Real Academia de la Lengua.

Cambemos de tercio. Una manipulación gravísima es la *interrupción voluntaria del embarazo*, concepto médico aparentemente respetable que sirve como velo para esconder el horror del aborto. ¿Por qué no se la llama interrupción voluntaria de una vida, que sería mucho más exacto y sincero? Recuérdese, además, que en USA, país maestro y pionero en estos menesteres, a los partidarios del aborto se les llama, muy estudiadamente, *pro-choice* (pro-elección), con lo que los contrarios aparecen como los malvados represores que no permiten que las personas elijan. Y de la misma familia es la *píldora del día después*, que hasta queda poética y romántica para perseguir el mismo objetivo sin decir las palabras, más peliagudas, píldora abortiva. Y la prueba de que son peliagudas es que el eufemismo no lo inventaron los antiabortistas, sino los proabortistas que no en vano desean evitar la palabra aborto. ¿Por qué será, si no, que la promoción del aborto se camufla detrás del concepto *salud sexual y reproductiva*? ¿Y por qué será que ya hasta se intenta evitar dicha *interrupción voluntaria del embarazo*

sustituyéndola por la todavía más técnica, aséptica e hipócrita sigla IVE?

También el nuevo totalitarismo de la ideología de género, de alcance mundial, es manantial caudaloso de nuevos términos, desconocidos hasta hace pocos años, con los que no sólo se ha construido un discurso ideológico, sino que también se pretende corregir con ellos los errores de la naturaleza: *empoderamiento*, *visibilización*, *falocracia*, *heteropatriarcalidad*, *heteronormatividad*, *heterobásico* (recientísima creación para insultar a los varones heterosexuales atribuyéndoles ignorancia y palurdez), *sororidad*, *homofobia*, *transfobia*, *marental*, *parental*, etc. Respecto a estas dos últimas, se usan en todas las circunstancias para las que antes se usaba el término *paternal* ya que éste ha sido fulminado por heteropatriarcal. La pareja formada por el padre y la madre, antes denominada padres, ahora son los *progenitores A* y *B* o el *progenitor gestante* y el *no gestante*. Y, en contradicción con lo anterior —renuncio a ponerme al día porque los cambios legislativos a este respecto son continuos—, uno se puede registrar como padre, madre o *adre* del neonato para no verse obligado a declarar sobre su sexo. Perdón, su *género*, término que ha venido a sustituir al anticuado sexo, ése que sigue apareciendo en el carné de identidad. Porque mientras que el sexo permanece inamovible por imperativo natural, se dice que el género es una construcción (*constructo*, dicen los cultiparlantes) cultural voluntaria, movable e independiente de los cromosomas que cada uno tenga y de lo que le cuelgue o no de la entrepierna. Por eso ahora, tras cientos de miles de años de presencia del ser humano en la Tierra, nuestros progresistas han descubierto de repente que, además de hombre y mujer, los humanos, entre sexos (perdón, *géneros*) y orientaciones sexuales, podemos ser: *cisgénero*, *transgénero*, *maverique*, *queer*, *bigénero*, *trigénero*, *pangénero*, *agénero*, *género fluido*, *homorromántico*, *panromántico*, *arromántico*, *birromántico*, *bisexual*, *polisexual*, *pansexual*, *omnisexual*, *demisexual*, *grisexual*, *poliamoroso*, *intersexual*, *andrógino*, *intergénero*, *sexo no ajustado* o *non conforming*, *antrosexual*, *transexual*, *scoliosexual*, *asexual* y

no sé cuántas maravillas más. Asumiendo este vocabulario, lo que se está afirmando es que la Humanidad no se divide en humanos machos y humanos hembras, a diferencia de lo que les sucede a todas las demás especies del reino animal. Palabrería vacía para crear utopías, es decir, para atacar a una naturaleza que los autodenominados progresistas se empeñan en ignorar.

Esta fobia a las denominadas *falocracia* y *heteropatriarcalidad* es la causa de esa mamarrachada de la repetición de géneros que tantas veces han condenado los lingüistas por inútil e insoportable. Sí, géneros; aquí sí que hay que decir géneros, porque eso, y no sexo, es lo que tienen las palabras: género masculino y femenino. Los seres humanos y los demás animales, por el contrario, tenemos sexo.

La Real Academia lo ha explicado con claridad:

Los desdoblamientos son artificiosos e innecesarios desde el punto de vista lingüístico (...) La actual tendencia al desdoblamiento indiscriminado del sustantivo en su forma masculina y femenina va contra el principio de economía del lenguaje y se funda en razones extralingüísticas. Por tanto, deben evitarse estas repeticiones, que generan dificultades sintácticas y de concordancia, y complican innecesariamente la redacción y lectura de los textos.

La manifestación más ridícula, que tenemos que sufrir todos los días en labios de nuestra insuperable ministra de Sexualidad, Irene Montero, es eso de «todos, todas y *todes*», «niños, niñas y *niñes*» —¿será que habla en bable?—, acompañado de las ya clásicas *jóvenes, miembros* y *portavozas*. Pero más antiguo, y ya tan arraigado que hasta es obligatorio en los textos legales y administrativos, es la sustitución de los términos alumnos (que desde los tiempos de Gonzalo de Berceo también incluye a las alumnas), profesores (que también incluye a las profesoras) y ciudadanos (que también incluye a las ciudadanas) por *alumnado, profesorado* y *ciudadanía*.

En esto consiste el denominado *lenguaje inclusivo*, aburridísima obsesión que pretende obligarnos a todos a multiplicar absurdamente géneros y géneras y a retorcer el habla espontánea